

A Finales del S.XI rondaba por las calles del Oriedo antiguo un gigante llamado Noraco. Cuando pasaba por la pequeña ciudad veía mujeres con vestidos largos, zapatos marrones y el pelo recogido cuidando a los traviesos niños bajitos y manchados de barro. Todos los sábados, Noraco y los vecinos de la ciudad subían a un monte donde había una iglesia llamada San Miguel de Lillo. Tenía hermosas decoraciones y un gran tamaño para aquella época. Un día Noraco, ya que era un gigante, hizo estallar un conflicto en la ciudad, porque cuando pasaba por las calles tropezaba con los pequeños puestos de comida y alguno que otro se rompía. La gente del pueblo ya empezaba a cansarse y se aliaron todos contra él. Planearon echarle de la región para que no causase más estropicios. Así que el siguiente sábado, cuando estaban reunidos en la iglesia, acorralaron a Noraco y le pidieron que se fuese. En ese momento tenía mucho miedo, y sin querer tropezó y cayó sobre la construcción. Todo el mundo se asustó mucho cuando vio que San Miguel de Lillo se estaba derrumbando. Lo primero que hicieron fue mandar a Noraco a su casa y luego se estuvieron lamentando durante mucho tiempo. Esta es la razón de por qué a San Miguel de Lillo solo le queda una pequeña parte de lo que era antes.